

RELATOS DE UN PEREGRINO RUSO

SEXTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2018

Tradujo de la versión francesa María Luisa Luna

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1992
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1985-1
Depósito legal: S. 525-2017
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
PRIMER RELATO	17
SEGUNDO RELATO	39
Asaltado por dos bandidos	43
Historia del capitán	47
Soledad	52
Historia de un guardabosques	54
Trabajos espirituales	59
El ataque del lobo	65
Una muchacha corriente	70
Curaciones maravillosas	79
Llegada a Irkutsk	86
TERCER RELATO	89
La vida del peregrino	91
CUARTO RELATO	97
Una familia ortodoxa	102
El campesino ciego	125
La casa de postas	131
Un cura rural	134
Camino a Kazán	137

INTRODUCCIÓN

M. DE ELIZALDE

El peregrino ruso o *Relatos de un peregrino ruso a su padre espiritual* constituye una obra singular en el conjunto de la literatura espiritual cristiana. Su desconocido autor supo infundir al texto calidez y sinceridad utilizando un estilo sencillo, un tono mesurado y unas descripciones vivas, amén de la veracidad con la que transmite las experiencias de su héroe. Todo ello configura una narración equilibrada, noble y directa, que cala hondamente en el lector.

LA OBRA

El peregrino, más que el autor, es el protagonista de esta obra misteriosa. Resume, en una figura muy conocida del paisaje humano de la Rusia del siglo XIX, las vivencias de más de un cristiano fervoroso y decidido a llevar su fe hasta las últimas consecuencias. Por aquel entonces existían muchos laicos como este, hombres libres de toda atadura humana, que decidían dedicar sus vidas a escrutar la Palabra de Dios, a profundizar en la oración y a visitar los lugares santos de la cristiandad y los innumerables santuarios y monas-

terios de la «Santa Rusia». Se mantenían a base de limosnas o haciendo pequeños trabajos durante sus viajes; las familias los recibían a veces con respeto, otras con desprecio, según su fe y su propia disposición espiritual. Pero es innegable que su presencia itinerante constituía una verdadera misión: los *startsy* (maestros espirituales, ancianos experimentados) hablan de Dios con su vida y su ejemplo a los demás hombres, pobres tal vez como ellos, que anhelan una apertura espiritual e intentan renovar de esa manera la experiencia del encuentro con Dios que celebran en la liturgia.

La base de los cuatro *relatos* que componen esta obra, seguramente auténtica, nos permite conocer el ambiente social y espiritual de Rusia a mediados del siglo XIX. La redacción tiene cierto artificio, que pone de relieve las ideas principales y muestra, didácticamente, el desarrollo de un proceso ejemplar. Los datos, recogidos por los autores que han estudiado la obra, convergen hacia el célebre monasterio de Optino. Allí existió, hasta la revolución de 1917, un centro espiritual muy floreciente, cuyos *startsy* eran visitados a la vez por lo más selecto de la intelectualidad rusa de entonces: Gogol, Dostoievski, Tolstoi, Soloviev, y por el pueblo sencillo y creyente.

El manuscrito con los cuatro relatos que se publican en este volumen parece haber pertenecido a una religiosa dirigida por el *starets* Ambrosio de Optino hacia 1860. Una primera edición se publicó en Kazan en la década de 1870, seguida de otra corregida en el año 1881 y reeditada en 1884. En el prefacio de la

edición de 1881 se atribuye la posesión del texto a un monje ruso del monte Athos. Después, también en Optino, entre los papeles del *starets* Ambrosio, ya citado, se hallaron otros tres relatos, de estilo diferente y con una mayor intención didáctica.

Reeditados en ruso después de la revolución comunista y traducidos a diversas lenguas, los *relatos* fueron una avanzadilla de la espiritualidad rusa en Occidente. La expansión de la práctica conocida como «oración de Jesús», que es uno de los fenómenos ecuménicos más notables de los últimos tiempos, le debe seguramente mucho.

LA ORACIÓN DE JESÚS

El primer relato nos cuenta cómo oyó el peregrino en la iglesia la lectura del pasaje de la Carta a los tesalonicenses, donde el apóstol Pablo recomienda: «Orad sin cesar». Estas palabras provocaron en el protagonista una llamada que penetró hondamente en su alma, y buscó desde entonces llegar a la oración constante. Ensayó diversas prácticas, acudió a varios maestros, leyó la Biblia y escuchó sermones. Hasta que un *starets*, en su celda, lo inició en la oración de Jesús: «La oración de Jesús, interior y constante, es la invocación continua e ininterrumpida del nombre de Jesús con los labios, el corazón y la inteligencia, con el sentimiento de su presencia, en todo lugar, en todo tiempo y aun durante el sueño». Ella se expresa con estas palabras: «Señor Jesucristo, ten piedad de mí». El que se acos-

tumbra a esta oración, siente un gran consuelo y la necesidad de decirla siempre; al cabo de cierto tiempo, no puede vivir sin ella y ella misma brotará en él.

A partir de aquella revelación, el peregrino se entrega a la oración; primero la recita tres mil veces por día, después seis mil y llega hasta doce mil, como se lo ha indicado el anciano. Pero llegado a ese punto deja de contar el número de sus repeticiones; la oración se ha vuelto constante, unida a su respiración, y no lo abandona ni siquiera durante el sueño.

Tenemos en estas breves frases una exposición bastante clara y completa de la oración de Jesús:

a) El elemento principal es la invocación del nombre de Jesús, nombre divino y, por lo tanto, poderoso, «ante el que se dobla toda rodilla, en el cielo, en la tierra, en los abismos» (Flp 2, 10). En los evangelios los «signos» se realizan por virtud de ese mismo nombre, y por eso se lo invoca para que obre con eficacia.

b) A la invocación del nombre de Jesús suele añadirse la súplica del publicano: «¡Ten piedad de mí, pecador!» (Lc 18, 13). Al unir ambas plegarias, quien ora se reconoce pecador y necesitado de la ayuda y misericordia de Dios, al que llama por su nombre poderoso.

c) Esta invocación se hace con los labios, el corazón y la inteligencia, teniendo el sentimiento de la presencia de Dios. No es una repetición rutinaria y distraída, sino receptiva, permaneciendo con el espíritu atento al Señor que está junto al que ora. Las lágrimas, que pueden acompañar la oración son señal de arrepentimiento y amor.

d) En fin, esta invocación se repite en todo tiempo y lugar. El maestro fija un número de oraciones; pero, sin embargo, todo hombre o mujer avanzado en esta práctica, pasará del número fijado a una repetición incesante, de modo que su vida toda sea como una respiración del nombre de Jesús.

Los maestros de la oración de Jesús en el transcurso de los siglos han ido precisando las indicaciones para su práctica. Recomiendan una posición en la cual el cuerpo esté como recogido, y tener concentrada la mente en el lugar del corazón. Hay quienes aconsejan unir la invocación con la respiración. Pero estos y otros particulares, según la tradición, deberán ser enseñados por un maestro experimentado más que por la lectura de los textos, para evitar el peligro de la ilusión. Los monjes ortodoxos, que la practican asiduamente, usan un rosario, generalmente de lana, que les sirve para contar con sus nudos las invocaciones.

EL HESICASMO

La vida monástica comenzó en Egipto. Se conocen los nombres de los primeros monjes: san Antonio, san Pacomio y los Padres que vivieron en los desiertos de Escete y Nitria durante los siglos IV y V. En los «apotegmas» o dichos de los Padres se encuentran las primeras enseñanzas acerca de la invocación del Nombre y de la oración del corazón. Entre estos Padres destaca Macario, a quien se le atribuyen numerosos y profundos escritos. Otros Padres, como Diádoco de Fótice en

sus *Cien capítulos sobre la perfección*, Barsanufio y Juan de Gaza, en sus admirables cartas de dirección, san Juan Clímaco, el autor de la *Escala espiritual*, son también testigos de esta devoción que será finalmente sistematizada en los monasterios del Sinaí y, después del gran Simeón el Nuevo Teólogo, se difundirá en la cristiandad bizantina, sobre todo en el monte Athos, la península monástica de Grecia, que es todavía hoy, después de mil años de existencia, un ejemplo único de sociedad monástica organizada a partir de un ideal y a la vez muy diversificada en sus formas.

Esta tradición, que hemos seguido en sus principales figuras, es llamada «hesicasta». La palabra griega *esuxía* significa «tranquilidad», «calma de las potencias», «sosiego espiritual». Esto es lo que hace posible al monje la oración contemplativa. El hesicasmismo, en cuanto movimiento o escuela espiritual, pone el énfasis en la búsqueda de una oración constante, ininterrumpida, a la que debe forzosamente acompañar la pureza de corazón y la práctica fiel del evangelio. Se trata de una oración cristiana que responde a la promesa del Señor de enviar su Espíritu Santo, que es el que ora en nosotros.

Ya Juan Casiano, autor que escribió en latín antes del año 430, había distinguido entre la vida ascética o activa y la vida contemplativa como escalones del progreso espiritual. En la primera, se lucha contra los vicios y se adquieren las virtudes; en la segunda, el alma, sosegada ya, mira a su Dios. El hesicasmismo se sitúa en la línea señalada por Casiano y, con él, por

toda la tradición espiritual oriental, transmitida por el propio Casiano a Occidente.

El influjo de estos Padres no se ha limitado a las comunidades de vida contemplativa: san Ignacio de Loyola y los primeros jesuitas conocían y apreciaban los escritos de Doroteo de Gaza, discípulo de los ya nombrados Barsanufio y Juan; santo Tomás de Aquino leía diariamente a Casiano; fray Luis de Granada tradujo al castellano la *Escala espiritual* de san Juan Clímaco, y de esta misma obra existía ya una traducción castellana editada en México antes de 1540.

LA «FILOCALIA»

En 1782 aparecía en Venecia una obra llamada *Filocalia*, que reunía los textos de los Padres orientales que se refieren a la vida hesicasta y a la oración de Jesús. Fueron sus compiladores el obispo Macario de Corinto († 1805) y el monje Nicodemo de la Santa Montaña (el monte Athos, † 1809). Un *starets* de gran irradiación espiritual la tradujo al eslavo en 1793: Paesio Velichkovski († 1794). Es el libro que utilizan el peregrino, su compañero de viaje, su confidente y su maestro. En 1877 el obispo Teófilo de Tambov y Vladimir elabora una nueva edición rusa, ampliando considerablemente la selección de textos.

La importancia de la *Filocalia* en los monasterios ortodoxos, sobre todo rusos, ha sido capital. Con la Biblia, los libros litúrgicos y las vidas de santos constituyó durante muchos años la base de las lecturas es-

pirituales y, por ende, de la cultura teológica y espiritual de los monjes y monjas que eran y son la fuerza de la ortodoxia.

Después de 1917, la difusión de los *Relatos* de este peregrino ruso ha sido una muestra del renacimiento de la espiritualidad «filocalica», y la misma colección ha sido reeditada en griego y traducida parcialmente a las lenguas occidentales¹.

LA ORACIÓN DE JESÚS Y NOSOTROS

Estos encantadores *Relatos* no son sólo memorias de un tiempo pasado, de tierras lejanas, de costumbres exóticas; son sobre todo un testimonio espiritual, que pide una respuesta de nuestra parte.

Su lectura nos ayudará en el camino de la vida cristiana. Por distintos paisajes, y con aventuras diferentes, pero marchando siempre hacia el término, que es el encuentro con Cristo, a quien sabemos cercano a los humildes y sencillos, a cuantos lo buscan con un corazón puro.

1. Una antología de textos muy similar a la que usó el protagonista de estos relatos puede leerse en: *La filocalia de la oración de Jesús*, Sígueme, Salamanca ³2017